

—Bueno, Rosa, ya bajo—respondió Mouret.

Abandonó la ventana, pidiendo mil perdones. La frialdad de la habitación que había olvidado a su espalda, acabó de turbarle. Le pareció como un gran confesionario, con su terrible crucifijo negro, que debía haberlo oído todo.

Cuando el Padre Faujas se despidió de él haciéndole un breve saludo silencioso, no pudo Mouret soportar aquel brusco decaimiento de la conversación; por lo cual volvió, y levantando los ojos al techo:

—¿De modo—dijo,—que en ese rincón?

—¿El qué?—preguntó el cura muy sorprendido.

—La infiltración de que hemos hablado.

El cura no pudo ocultar una sonrisa. De nuevo se esforzó por hacer ver la mancha a Mouret.

—¡Oh! Ahora la veo muy bien—le dijo éste.—Estamos de acuerdo. Mañana mismo haré que vengan los albañiles.

Salió por fin. Aun estaba en el rellano cuando la puerta se cerraba tras él, sin ruido. El silencio de la escalera le irritó profundamente. Y bajó refunfuñando:

—¡El demonio del hombre! ¡No pregunta nada y se le dice todo!

V

Al día siguiente, la vieja madame Rougon, la madre de Marta, fué a visitar a los Mouret. Este era un gran acontecimiento, porque existía algo de tirantez entre el yerno y los padres de su esposa, sobre todo desde la elección del marqués de Legrifoul, a quien aquéllos le acusaban de haber hecho triunfar por su influencia en los campos. Su madre, "aquella negruca de Felicidad", como la llamaban, había llegado a los setenta años, con una delgadez y una vivacidad de muchacha. No llevaba más que trajes de seda, recargadísimos de volantes, y era aficionada sobre todo al amarillo y al marrón.

Aquel día, cuando se presentó en el comedor, estaban solos Marta y Mouret.

—¡Toma!—dijo este último sorprendidísimo.—¡Es tu madre! ¿Qué nos querrá? No hace un mes que vino... Algún enredo nuevo, como si lo viera.

Los Rougon, de quien Mouret había sido dependiente antes de su casamiento, cuando la estrecha tienda del barrio viejo olía a quiebra, eran el tema de su eterna desconfianza. En cambio, ellos le pagaban con rencor sólido y profundo y sobre todo detestaban en él al comerciante que

había hecho rápidamente buenos negocios. Cuando el yerno decía "Yo no debo mi fortuna más que a mi trabajo", los suegros fruncían los labios, y comprendían perfectamente que los acusaba de haber ganado la suya en negocios inconfesables. Felicidad enviaba en silencio la pequeña y tranquila morada de los Mouret, con los celos feroces de una antigua comerciante que no debe su holgura a las economías de mostrador.

Felicidad besó a Marta en la frente, como si tuviese diez y seis años. En seguida tendió la mano a Mouret. Ambos hablaban de ordinario con agrado dulce tono de burlas.

—¿Y qué—le preguntó la vieja sonriendo.—¿No han venido aún los gendarmes por usted, revolucionario?

—No; todavía no—respondió él riéndose también. — Esperan que su marido de usted se lo ordene.

—¡Ah! Muy bonito es eso que usted dice—replicó Felicidad, cuyos ojos echaron llamas.

Marta dirigió una mirada suplicante a Mouret; éste acababa de decir demasiado. Pero se había lanzado ya, y prosiguió:

—La verdad es que estamos en Babia; la recibimos a usted en el comedor... Pase usted al salón, hágame el obsequio.

Era una de sus bromas habituales. Fingía el aire de importancia de Felicidad, cuando la recibía en su casa. Fué inútil que Marta dijese que allí estaban bien, pues fué preciso que ella y su madre le siguiesen al salón. Allí Mouret se tomó mucho trabajo abriendo los postigos, empujando sillones. El salón, en el que no se entraba nunca, y cuyas ventanas estaban casi siempre cerradas, era una gran pieza abandonada, con mobiliario de

fundas blancas, amarilleadas por la humedad del jardín.

—¡Es insoportable!—refunfuñó Mouret limpiando el polvo de una consolita.—Esa Rosa lo deja todo abandonado...

Y volviéndose hacia su suegra, con voz impregnada de ironía:

—Perdónenos que la recibamos así en nuestra humilde casa... No todo el mundo puede ser rico.

Felicidad se ahogaba. Miró un instante a Mouret fijamente, a punto de estallar; después, haciendo un esfuerzo, bajó lentamente los párpados; cuando los levantó, dijo con amable voz:

—Vengo de visitar a madame de Condamin, y he entrado para saber cómo van los niños... ¿Están buenos, verdad? ¿Y usted también, mi querido Mouret?

—Sí, todos estamos divinamente—respondió éste, asombrado de tanta amabilidad.

Pero la vieja dama no le dió tiempo a volver la conversación a un tono hostil. Afectuosamente preguntó a Marta por una infinidad de nonadas, y se las echó de buena abuelita, riendo a su yerno porque no le enviaba más a menudo a "los niños y la niña". ¡Se alegraba tanto de verlos!

—¡Ah! ¿Sabéis—dijo por fin con indiferencia,—que estamos ya en Octubre?... Voy a empezar otra vez mis jueves, como en las temporadas anteriores... Cuento contigo, ¿verdad, querida Marta?... Y a usted, Mouret, ¿no lo veremos algún día? ¿Seguirá usted chasqueándonos?

Mouret, a quien acababa por turbar la enterrecida charla de su suegra, vaciló antes de responder. No esperaba aquel golpe, y no viendo nada malo, se contentó con responder:

—Bien sabe usted que yo no puedo ir a su ca-

sa... Recibe usted a muchos personajes, que se alegrarían lá mar de serme desagradables... Además, no quiero meterme en política.

—Se equivoca usted — replicó Felicidad, — se equivoca usted, ¿lo entiende, Mouret? ¡Cualquiera diría que mi salón es un Club! Eso es lo que yo no he querido. Toda la ciudad sabe que procuro hacer agradable mi casa... Si en ella se habla de política, le aseguro a usted que es en los rincones... ¡Ah, la política! Bastante que me fastidió en otro tiempo... ¿Por qué dice usted eso?

—Recibe usted a toda la pandilla de la subprefectura—murmuró Mouret con aire huraño.

—La pandilla de la subprefectura... Claro que recibo a esos señores. Sin embargo, no creo que este invierno se vea con frecuencia en mi casa al señor Péqueur des Soulaies; mi marido se las cantó claras acerca de las últimas elecciones. Se dejó embromar como un chino... En cuanto a sus amigos, son gente de buen tono. El señor Delangre, el señor de Condomin son muy amables; el buen Paloque es la bondad en persona, y creo que no tendrá usted nada que decir del doctor Porquier...

Mouret se encogió de hombros.

—Además—prosiguió Felicidad recalcando irónicamente sus palabras,—también recibo a la pandilla del señor Rastoil, al digno señor Maffre y a nuestro sabio amigo el señor Bourdeu, el antiguo prefecto... Ya ve usted que no somos exclusivistas, y que en casa acogemos todas las opiniones... Y comprenda usted que si escogiera mis invitados en un solo partido, no tendría más que a cuatro gatos... Además, nos gusta el talento de quiera que se halle, y tenemos la pretensión de congregar en nuestras veladas a cuantas personas

distinguidas hay en Plassans... Mi salón es terreno neutral, fíjese usted bien, Mouret; sí, terreno neutral; esa es la palabra.

Se había animado al hablar. Cada vez que la encarrilaban por semejante tema, acababa por incomodarse. Su salón era su gran gloria; como ella decía, quería reinar en él no como jefe de partido, sino como mujer de mundo. Verdad es que sus íntimos pretendían que obedecía a una táctica de conciliación aconsejada por su hijo Eugenio, el ministro, que la encargaba de personificar, en Plassans, las dulzuras y las amabilidades del imperio.

—Usted dirá lo que quiera—masculló Mouret.

—Pero su Maffre de usted es un curángano, su Bourdeu un imbécil y los otros unos granujas en su mayor parte. Eso es lo que yo pienso... Le agradezco a usted su invitación, pero el aceptarla me molestaría demasiado. Tengo costumbre de acostarme temprano. Me quedo en mi casa.

Felicidad se levantó y volvió la espalda a Mouret, diciendo a su hija:

—Pero cuento contigo; ¿verdad, querida mía?

—Ciertamente—respondió Marta, que quería dulcificar la brutal negativa de su marido.

Se iba ya la vieja dama, cuando pareció pensarle mejor. Pidió que le dejaran dar un beso a Deseada, a quien había visto en el jardín. No quiso siquiera que llamaran a la niña; bajó hasta la terraza, mojada aún por la ligera lluvia que había caído por la mañana. Hizo mil caricias a su nieta, que se mostraba algo encogida delante de ella; después, levantando la cabeza como por casualidad, y mirando a las cortinas del segundo piso, exclamó:

—¿Hombre, habéis alquilado?... ¡Ah, sí! Ya

me acuerdo; a un cura, según creo. He oído hablar de ello... ¿Qué clase de hombre es ese cura?

Mouret la miró fijamente. Tuvo como una rápida sospecha, y pensó que únicamente se había presentado su suegra para ver al Padre Faujas.

—A fe mía—dijo sin quitarle la vista de encima,—que no sé ni media palabra... Pero quizás usted me va a dar informes.

—¿Yo?—exclamó Felicidad aparentando gran sorpresa.—Sí no le he visto en mi vida... Espere, sé que es vicario de San Saturnino; me lo ha dicho el Padre Bourrette. Y mire usted, esto me hace pensar que debería invitarle a mis jueves. Ya recibo al director del gran seminario y al secretario de monseñor.

Después, volviéndose a Marta:

—Cuando veas a tu inquilino, ¿sabes? debes procurar sondearle, para poder decirme si le agrada una invitación.

—No le vemos casi—se apresuró a responder Mouret.—Entra y sale sin abrir la boca... Además yo no me meto en eso.

Y continuaba mirándola con desconfianza. Seguramente sabía del Padre Faujas más de lo que quería decir. Felicidad, por otra parte, ni pestañeaba por el examen atentísimo de su yerno.

—Al fin y al cabo me es igual—respondió con perfecta soltura.—Si es hombre que convenga, siempre encontraré manera de invitarle... Hasta la vista, hijos míos.

Subía la escalinata, cuando un anciano alto y grueso se dejó ver en el dintel del vestíbulo. Llevaba gabán y pantalón de paño azul muy limpios, con una gorra de piel caída sobre los ojos. En la mano llevaba un látigo.

—¡Ah! ¡Es el tío Macquart!—gritó Mouret, lanzando una mirada curiosa a su suegra.

Felicidad había hecho un gesto de viva contrariedad. Macquart, hermano bastardo de Rougon, había regresado a Francia, gracias a éste, después de haberse comprometido en el alzamiento de los campos de 1851. Desde su regreso del Piamonte, llevaba vida de burgués gordo y de rentas. Había comprado, no se sabe con qué dinero, una casita situada en la aldea de las Tulettes, a tres leguas de Plassans. Poco a poco, se había ido equipando; había acabado por comprar incluso una tartanilla y un caballo, de manera que se le veía siempre en las carreteras, fumando su pipa, tomando el sol y sonriendo con aspecto de lobo acomodado. Los enemigos de los Rougon decían, en voz baja, que los dos hermanos habían dado juntos algún golpe, y que Pedro Rougon mantenía a Antonio Macquart.

—Buenos días, tío—repitió Mouret con afectación.—¿Viene usted a hacernos una visita?

—Ah, sí—respondió Macquart con bondadoso acento.—Ya saben que cada vez que paso por Plassans... ¡Oh, Felicidad! No esperaba encontrarla a usted aquí... He venido para ver a Rougon; tenía que decirle una cosa...

—¿Estaba en casa, verdad?—interrumpió ella con vivacidad inquieta.—Está bien, está bien, Macquart.

—Sí, estaba en casa—continuó tranquilamente el tío.—Le he visto y hemos hablado. Rougon es un buen muchacho.

Soltó una risita. Y en tanto que Felicidad daba ansiosos golpecitos en el suelo, Macquart prosiguió con su arrastrada voz, tan extrañamente cortada, que siempre parecía burlarse de la gente:

—Mouret, hijo mío, te he traído dos conejos: están allí en un cesto. Se los he dado a Rosa... También he traído dos para Rougon; los encontrará usted en casa, Felicidad, y ya me dirá cómo le saben. ¡Ah! Están gordos los muy granujas. Los he cebado para vosotros... ¡Qué queréis, hijos míos! A mí me gusta hacer regalos.

Felicidad estaba palidísima, con los labios fruncidos, en tanto que Mouret continuaba mirándola con solapada risa. Bien hubiera querido retirarse, pero temía los chismorreos si dejaba tras sí a Macquart.

—Gracias, tío—dijo Mouret.—Las ciruelas de la última vez eran riquísimas... ¿Quiere usted un trago?

—Eso no se desprecia nunca.

Y cuando Rosa le hubo traído un vaso de vino, Macquart se sentó en la baranda de la terraza. Bebióse el vino con lentitud, chasqueando la lengua y mirando el vaso al trasluz.

—Este procede del barrio de San Eutropio—dijo en voz baja.—A mí no se me puede engañar. Conozco muy bien el país.

Y movió la cabeza, riéndose.

Entonces le preguntó Mouret bruscamente, con singular inflexión de voz:

—Y por las Tulettes, ¿cómo va?

Levantó los ojos y miró a todo el mundo; después, chasqueando por última vez la lengua y poniendo el vaso a su lado, sobre la piedra, respondió con indiferencia:

—No va mal... Tuve noticias anteayer. Sigue lo mismo.

Felicidad había vuelto la cabeza. Hubo una pausa. Mouret acababa de poner el dedo en una de las vivas llagas de la familia, al aludir a la

madre de Rougon y de Macquart, encerrada hacía muchos años como loca en el manicomio de las Tulettes. La pequeña finca de Macquart estaba cerca de él, y parecía que Rougon hubiera apostado allí a su hermano para velar por la vieja.

—Se hace tarde—acabó por decir Macquart levantándose.—He de estar de vuelta antes de que anochezca... Dime, Mouret, si puedo contar contigo un día de estos. Me habías prometido ir.

—Iré, tío, iré.

—No es eso; quiero que vaya todo el mundo, ¿oyes? todo el mundo... Me aburro allí tan solo. Yo os guisaré.

Y volviéndose a Felicidad:

—Diga usted a Rougon que cuento también con él y con usted. El que nuestra anciana madre esté allí al lado no es motivo para que no vayan; entonces no habrá ningún medio de distraerse... Les aseguro que va bien, que la cuidan bien. Pueden ustedes fiarse de mí... Probarán ustedes un vinillo que he encontrado en un ribazo del Seille; un vinillo que emborracha, ya lo verán.

Al hablar se dirigía hacia la puerta. Felicidad le seguía tan de cerca, que parecía empujarle hacia fuera. Todos le acompañaron hasta la calle. Desataba su caballo, cuyas riendas había atado a una persiana, cuando el Padre Faujas, que volvía a casa, pasó por medio del grupo, con un ligero saludo. Se le hubiera creído una sombra negra deslizándose sin ruido. Felicidad se volvió prestamente y le persiguió con la mirada hasta la escalera sin tener tiempo siquiera de verle el rostro. Macquart, mudo de sorpresa, movía la cabeza, murmurando:

—¿Cómo, muchacho? ¿Ahora tienes curas en casa? Tiene un aspecto muy singular ese hom-

bre. Ten cuidado... Las sotanas traen desgracia...

Se sentó en el banco de la tartana, silbando suavemente, y bajó por la calle Balande, al trote corto de su caballo. Su redonda espalda y su gorrera de piel desaparecieron en el recodo de la calle Taravelle. Cuando Mouret se volvió, oyó a su suegra que decía a Marta:

—Preferiría que fueras tú, para que la invitación pareciese menos solemne. Si hallas medio de hablarle te lo agradeceré.

Se calló al verse sorprendida por su yerno. Por fin, después de haber besado a Deseada con efusión, partió, lanzando una postrera ojeada, para asegurarse de que Macquart no volvería, a verla partir, para chismorrear sobre ella.

—Ya sabes que te prohibo en absoluto que te metas en las cosas de tu madre—dijo Mouret a su mujer al entrar en casa.—Siempre anda con historias en las que no se ve ni gota. ¿Qué diablos querrá del cura? Por sus lindos ojos no le invitaría, si no tuviera un interés oculto. Por algo habrá venido ese cura de Besançon a Plassans. Alguna intriga hay en esto.

Marta se había vuelto a dedicar a aquel reparar eterno de la ropa blanca de la familia, que se le llevaba días enteros. Mouret dió vueltas un instante en torno de ella, diciendo:

—Me divierten el viejo Macquart y tu madre. ¡Ah! Se aborrecen cordialmente. Ya has visto cómo se sofocaba aquí. Parece que siempre tema oírle contar cosas que no deban saberse. ¡Oh! ¡Y él las contaría buenas y gordas!... Pero no me cogerán en su casa. He jurado no meterme en aquel maremágnum... ¿Tú ves? ¡qué razón tenía mi padre al decir que la familia de mi madre, esos Rougon y esos Macquart, no valían lo que

la cuerda para ahorcarlos! Yo tengo sangre de de ellos, como tú, y no puede ofenderte que te lo diga. Lo digo porque es verdad. Hoy han hecho fortuna, pero no han perdido el pelo de la dehesa, al contrario.

Acabó por irse a dar una vuelta a la carrera Sauvare, donde encontraba amigos con los que hablaba del tiempo, de las cosechas, de los acontecimientos de la víspera. Un gran negocio de almendras, de que se encargó al siguiente día, le tuvo más de una semana en continuas idas y venidas, lo que casi le hizo olvidar al Padre Faujas. Por otra parte, el cura comenzaba a aburrirle; no hablaba bastante, era demasiado retraído. Por dos veces esquivó su encuentro, creyendo comprender que el otro le buscaba sólo para saber el fin de las historias sobre la pandilla de la subprefectura y de los Rastoil. Habiéndole contado Rosa que madame Faujas había intentado hacerla hablar, Mouret se prometió no volver a abrir los labios. Otra diversión era la que llenaba sus ratos de ocio. Ahora, al mirar las cortinas tan bien corridas del segundo piso, gruñía:

—Sí, sí, escóndete, hijo mío... Ya sé que me espías por detrás de las cortinas; pero no adelantarás gran cosa. ¡Si esperas conocer por mí a los vecinos, estás lucido!

Esta idea de que el Padre Faujas estaba al acecho le regocijó extraordinariamente. Procuró por todos los medios posibles no caer en ningún lazo. Pero una noche, al regresar a su casa, vió, a cincuenta pasos delante de él, al Padre Bourrette y al Padre Faujas parados ante la puerta del señor Rastoil. Se ocultó en el hundimiento de una casa. Los dos clérigos le tuvieron allí un cuarto de hora largo. Hablaban vivamente, se separaban y des-

pués se juntaban de nuevo. Mouret creyó comprender que el Padre Bourrette rogaba al otro que le acompañase a casa del presidente. El Padre Faujas se excusaba y acababa por negarse con cierta impaciencia. Era un martes, día de comida. Por fin, Bourrette entró en casa del señor Rastoil. Faujas se coló en su casa con humilde talante. Mouret quedó pensativo. En efecto, ¿por qué no iría el cura a casa del señor Rastoil? Todo San Saturnino comía allí; el Padre Fénil, el Padre Surin y los otros. No había sotana en Plassans que no hubiese tomado el fresco en el jardín, ante la cascada. Aquella negativa del nuevo vicario era cosa verdaderamente extraordinaria.

Cuando entró Mouret en su casa, fué en seguida al fondo del jardín para mirar las ventanas del segundo piso. Al cabo de un instante vió moverse la cortina de la segunda ventana, a la derecha. De fijo que el Padre Faujas estaba allí, espiando lo que pasaba en casa del señor Rastoil. Por ciertos movimientos de la cortina, creyó comprender Mouret que también miraba hacia la subprefectura.

Al día siguiente, miércoles, al salir le dijo Rosa que el Padre Bourrette estaba en el segundo piso, hacía por lo menos una hora. Entonces Mouret entró de nuevo en su casa, y huroneó por el comedor. Al preguntarle Marta qué buscaba de aquel modo, se puso furioso, hablando de un papel sin el cual no podía salir. Subió a ver si lo habría dejado en el primer piso. Luego, cuando tras larga espera detrás de la puerta de su alcoba, creyó sorprender en el segundo piso ruido de sillas que se movían, bajó lentamente, deteniéndose un instante en el vestíbulo, para dar al Padre Bourrette tiempo de unírsele.

—¡Hola! ¿Es usted, señor cura? ¡Qué feliz encuentro!... ¿Vuelve usted a San Saturnino? Viene usted divinamente. Yo voy hacia allí también. Le acompañaré, si no le incomodo.

Respondió el Padre Bourrette que se alegraría muchísimo. Los dos subieron lentamente por la calle Balande, dirigiéndose hacia la plaza de la Subprefectura. El cura era un hombre gordo, de rostro bondadoso e ingenuo, con grandes ojos azules de niño. Su gran faja de seda, fuertemente estirada, le dibujaba un vientre de redondez suave y reluciente; andaba con la cabeza un poco atrás, los brazos demasiado cortos, las piernas ya pesadas.

—Bueno—dijo Mouret sin buscar transición.—¿Viene usted de ver a ese excelente señor Faujas? He de darle a usted las gracias; me ha encontrado usted un inquilino como pocos.

—Sí, sí—murmuró el cura.—Es un hombre dignísimo.

—¡Oh! Ni el menor ruido. Ni siquiera nos damos cuenta de que tenemos un extraño en casa. Muy fino, muy bien educado... ¿No sabe usted? Me han asegurado que es un espíritu superior, un regalo que se ha querido hacer a la diócesis.

Y, como se encontraran en medio de la plaza de la Subprefectura, Mouret se paró en seco, mirando fijamente al Padre Bourrette.

—¿Ah, sí?—se contentó con responder el cura, con asombro.

—Me lo han afirmado... Parece que nuestro Obispo tiene respecto a él ciertas miras para más adelante. Entretanto, el futuro vicario se mantiene en la sombra para no excitar celos...

El Padre Bourrette había seguido su camino,

volviendo la esquina de la calle de la Banne. Tranquilamente dijo:

—Mucho me sorprende usted... Faujas es hombre sencillo, y hasta demasiado humilde. De modo que en la iglesia se encarga de trabajillos que de ordinario abandonamos a los simples curas. Es un santo, pero no es listo. Yo apenas lo ví en casa de Monseñor. Desde el primer día estuvo frío con el Padre Fénil. Y no obstante, yo le había dicho que debía hacerse amigo del gran vicario, si quería ser bien recibido en el Obispado. No me comprendió... Me temo que tiene muy estrechas las entendederas... Lo mismo que sus continuas visitas al Padre Compan, nuestro pobre cura, que está en cama hace quince días, y a quien seguramente vamos a perder... Pues bueno; las visitas son extemporáneas, y le van a hacer un daño inmenso. Compan no ha podido entenderse nunca con Fénil; es preciso, en verdad, llegar de Besançon para ignorar una cosa que sabe toda la diócesis.

Se animaba. A su vez se detuvo en la entrada de la calle Canquoin, plantándose ante Mouret.

—No, querido señor, le han engañado a usted. Faujas es inocente como un recién nacido... Yo no tengo ambición, ¿sabe usted? Y Dios sabe si quiero a Compan, que es un corazón de oro! Pero esto no impide que vaya a estrecharle la mano a escondidas. El mismo me lo ha dicho: "Bourrette, poco me queda ya, viejo amigo. Si quieres ser párroco después de mí, procura que no te vean llamar a mi puerta con frecuencia. Ven de noche y llama tres golpes, y mi hermana te abrirá". Ahora espero que anochezca, ¿comprende usted? Es inútil buscarse quebraderos de cabeza por gusto. ¡Tiene uno tantos!

Su voz se había enternecido. Juntó ambas manos sobre el vientre, y prosiguió su camino, conmovido por un egoísmo ingenuo que le hacía llorar por sí mismo, mientras murmuraba:

—Ese pobre Compan, ese pobre Compan...

Mouret estaba perplejo. El Padre Faujas se le escapaba por completo.

—Pues me habían dado detalles muy precisos —intentó decir.—Parece que se trataba de buscarle un gran empleo...

—¡No; le aseguro a usted que no!—exclamó el cura.—Faujas no tiene porvenir... Otro dato. Ya sabe usted que todos los martes como yo en casa del presidente. La semana pasada me rogó que le llevase a Faujas. Quería conocerle, juzgarle sin duda... Pues ¿a que no adivina usted lo que Faujas ha hecho? Ha rehusado la invitación, querido amigo, la ha rehusado en redondo. Ha sido inútil decirle yo que iba a hacerse la vida imposible en Plassans, que acabaría de enemistarse con Fénil al hacer semejante descortesía al señor Rastoil; se ha obstinado y nada ha querido oír... Hasta creo, Dios me perdone, que en un momento de cólera me ha dicho que no quería comprometerse aceptando una comida semejante.

El Padre Bourrette se echó a reír. Había llegado frente a San Saturnino, y detuvo un instante a Mouret ante la puerta pequeña de la iglesia.

—Es un niño, un niño grande—continuó.—Mire usted que creer que una comida del señor Rastoil puede comprometerle!... Su suegra de usted, la buena madame Rougon, me encargó ayer de una invitación para Faujas, y como es natural, no le oculté que temía mucho ser mal recibido.

Mouret aguzó el oído.

—¡Ah! Mi suegra le encargó a usted que le invitara?

—Sí, fué ayer a la sacristía... Como deseo complacerla, le prometí ver hoy a ese demonio de hombre. Pero estaba seguro de que se me negaría...

—¿Y se ha negado?

—No, y me ha sorprendido mucho. Ha aceptado.

Mouret abrió la boca, y la volvió a cerrar. El cura entornaba los ojos con aire extraordinariamente satisfecho.

—Hay que confesar que he estado muy hábil... Hacía más de una hora que explicaba a Faujas la situación de su señora madre política... El movía la cabeza, no decidiéndose, hablando de su amor al retiro... Ya iba a dejarle, cuando me acordé de una recomendación de aquella buena señora. Me había rogado que insistiera acerca del carácter de su salón, que es, como sabe toda la ciudad, un terreno neutral... Entonces fué cuando me pareció que hacía un esfuerzo, y ha aceptado. Me ha prometido formalmente que irá mañana. Voy a escribir dos líneas a la excelente madame Rougon para anunciarle nuestra victoria.

Permaneció allí un momento más, hablándose a sí mismo, y haciendo rodar sus grandes ojos azules.

—El señor Rastoil se ofenderá mucho, pero no es culpa mía... Hasta la vista, querido señor Mouret, hasta la vista... Mis respetos a su familia...

Y entró en la iglesia, dejando cerrarse dulcemente tras sí la doble puerta forrada. Mouret miró la puerta encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Otro charlatán!—gruñó.—Otro hombre de

esos que no le dejan a uno meter baza, y que hablan y hablan sin decir nada... ¡Ah! El tal Faujas va mañana a casa de la negrucha... ¡Lástima estar yo peleado con ese imbécil de Rougon!

Toda la tarde estuvo correteando por sus negocios. Por la noche, al acostarse, preguntó a su mujer con indiferencia:

—¿Vas a casa de tu madre mañana por la noche?

—No—respondió Marta.—Tengo demasiadas cosas que terminar. Iré el jueves próximo.

Mouret no insistió. Pero, antes de apagar la vela:

—Haces mal en no salir más a menudo—prosiguió.—Ve a casa de tu madre mañana por la noche; te distraerás un poco. Yo cuidaré de los niños.

Marta le miró asombrada. De ordinario, su marido la retenía en casa, pues la necesitaba para mil pequeños servicios y refunfuñaba cuando estaba ausente una hora.

—Iré si lo deseas—dijo.

Mouret apagó la vela y recostó la cabeza sobre la almohada, murmurando:

—Eso es, y nos contarás lo que ocurra. Eso divertirá a los niños.